



GRACIAS A ELLAS

POR

N.º 25
NORMAN KERRY
y SAM HARDY

30 cts.

BORZAGE, Frank



La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

Redacción y Administración:
Diputación, 292 - Barcelona

Año I

Núm. 25

GRACIAS A ELLAS

(GET RICH QUICK WALLINGFORD, 1921)

Comedia americana, de excelente asunto,
interpretada por los simpáticos artistas

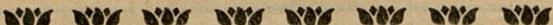
SAM HARDY

y

NORMAN KERRY

Paramount Pictures Corporation

*EXCLUSIVA DE
SELECCINE, S. A.*



GRACIAS A ELLAS

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Ustedes, claro, ignoran quiénes eran esos dos amigos que se querían como hermanos y se entendían perfectamente en su mutuo negocio.

No se apuren: vamos a presentarlos.

Helos aquí:

J. Rufus Wallingford, un caballero de industria, cuyos timos en gran escala le habían elevado casi a la categoría de "financiero" (¡ojo!) ; y

Horacio Daw, su ingeniero y astuto secretario, quien preparaba el camino... y la huida, al caballero Wallingford (¡lagarto! ¡lagarto!).

Y, ahora, al grano.

Después de haber limpiado hábilmente los bolsillos de los incautos ciudadanos de la pequeña población de Pinantoga, los dos audaces timadores buscaban de nuevo un pueblo en el que ejercitarse sus habilidades.

La población en la que decidieron "operar" se llamaba Batt lesburgo, en el Estado norteamericano de Iowa. Uno de tantos pueblos de "pesca" con un Gran Hotel.

Uno de esos pueblos al que raramente llegan bastantes forasteros para llenar de una vez el casino.

Pero, eso sí, no faltaba en la localidad un coche para conducir a los viajeros de la estación al hotel y viceversa.

Ese coche, tirado por un penco con barbas, y guiado por un tío más "apagao" que el cuadrúpedo, hacia más viajes en balde, es decir, sin pa-

saje, que con ganancia. La salud del caballo exigía esos viajes infructíferos.

Un día, Horacio se presentó bonitamente en el lugar, y las maderas del carro crujieron, el penco sintióse "cargado", y el piso de la calle descendió de unos centímetros...

Al día siguiente de la llegada del desconocido, el periódico local publicaba este fogoso artículo:

¡PROGRESEMOS CIUDADANOS!

¡Ya es hora de que Battlesburgo salga de su letargo!

Nuestra pequeña ciudad tiene sus arcas repletas de oro, y su población metropolitana cuenta con nueve automóviles.

En esta ciudad hay tanto espíritu patriótico y de empresa, como en Chicago o en Sioux City, o en cualquiera otra ciudad... ¡y no tenemos las calles asfaltadas!

Nuestros habitantes son tan cultos como los de Nueva York o Pittsburgo... ¡y carecemos de un buen teatro!

¡Esta situación hay que remediarla!

"La Voz de Battlesburgo" empuña en este momento el estandarte del progreso.

Los pacíficos ciudadanos quedaron boquiabiertos cuando se impusieron del fondo de ese grito del periódico, atribuyéndolo a locura del redactor.

El que protestaba de ella con más ahínco, era el señor Battles, hijo y viejo sucesor del fundador del pueblo.

Eduardo, empleado del dueño del hotel, Andrés Dempsey, también daba por segura la enajenación mental del citado periodista.

Y así, más o menos indignados, todos los demás pueblerinos.

¡Qué osadía — pensaban —, escribir semejantes barbaridades!

Huelga extenderse en explicar cómo fué recibida

do en todas partes el repórter, autor—por instigación de Horacio Daw—del comentado artículo, y bastará decir que el criterio general estaba reflejado en la advertencia que el viejo y escéptico señor Battles le hizo a Eduardo, quien, aunque no lo parecía, era rico.

—No hagas caso de las tonterías de ese memo de Clint Harkins, que escribe con los pies, y guarda los once mil dólares que te dejó tu tío. Mi padre fué el fundador de este pueblo, y su única ciencia era la del ahorro.

El “reaccionario” escritor, respondió, con absoluta convicción:

—No me negarás usted que conviene que despertemos... que hagamos mejoras... que circule un poco el dinero que está encerrado en las arcas.

—Vaya usted a paseo, hombre. ¿Se ha creído usted que uno debe exponer sus pesetas a tontas y a locas?

Entretanto, Horacio, que, de acuerdo con sus planes, no se metía en nada que pudiera levantar sospechas, aprovechaba el tiempo en compañía de dos lindas muchachitas: Gertrudis, la hija del hostelero; y Dorotea, la heredera del hacendado señor Wells, otro avaro de Battlesburgh.

A Eduardo, que andaba de cabeza por Gertrudis, se le había atragantado el nuevo cliente del hotel, y, por si acaso, había puesto al corriente al padre de la muchacha, de lo que ocurría, asegurando, además, que el desconocido no le inspiraba mucha confianza.

Por tal razón, el señor Dempsey, progenitor de la monada, mandaba a ésta a su cuarto cada vez que la sorprendía—gracias a los avisos de Eduardo—haciendo música o de palique con Horacio.

Naturalmente, eso no se le sentaba a maravilla a Gertrudis, y con ello Eduardo no ganaba nada más que desprecios de la joven.

Era tanta la antipatía que Eduardo le tenía a Horacio—únicamente porque parecía querer qui-

tarle la novia—, que además de convertirse en espía de los menores gestos de Gertrudis, vigilaba con suma atención lo que hiciera Dorotea, la segunda muchacha que hacía buenas migas con el forastero, y, al fin, enteró a su padre—al de la joven—de esas relaciones de amistad de la hija y el desconocido.

El señor Wells, propietario legítimo de la chica, estaba decidido a apartarla del intruso, pero ocurrió que éste, haciéndose presentar por ella a aquél, le hizo desistir, con su amabilidad, de su intento, logrando que aceptara comer en su compañía.

Pisando uno y otro tan firme terreno como el de la simpatía, Horacio y el señor Wells, con gran contento por parte de Dorotea, hablaron de negocios.

—Mi hija me ha dicho que tenía usted intenciones de establecerse en el pueblo.

—Yo precisamente, no... Represento a un hombre de grandes empresas, que desea encontrar un pueblo progresista para establecer en él varias industrias.

—¡Ah!

—Represento a Wallingford... J. Rufus Wallingford, de quien sin duda habrá usted oído hablar. No hay ningún buen patriota que desconozca la historia de Oaklaoma City. ¿Qué era Oaklaoma hace diez años? ¡Nada! ¡Qué es hoy, gracias a J. Rufus Wallingford?

—Me parece que ese nombre me suena.

Siguieron hablando, cada vez más animadamente, más amigablemente, hasta llegar, Horacio, a lo que iba.

—Ya me han dicho, señor Wells, que usted ha hecho una bonita fortuna.

—¡Bah! Todo lo que he logrado reunir, han sido unos doscientos mil dólares en la compra y venta de fincas y terrenos...

—¡Cáscares! ¡Vaya pico!).

En aquel momento, llegó un telegrama para Ho-

racio, quien, después de leerlo, lo dejó encima del mostrador del hotel, abierto, con la idea de que fuese leído por el dueño, que estuvo, con Eduardo y otros, escuchando lo que dijeron el señor Wells y el forastero.

Este último dejó el campo libre, aislándose con el negociante en fincas a un lado del establecimiento, para beber algo a su mutua salud.

Entonces el señor Dempsey leyó el telegrama en cuestión, pasándolo de unas manos a otras.

Decía, nada menos:

Horacio G. Daw

Hotel Palace. Battlesburgo.

Si sus informes acerca de Battlesburgo son exactos, no sólo construiré fábrica sino teatro moderno, hotel prueba fuego, tiendas de departamentos y todo lo demás que el pueblo necesite.

J. Rufus Wallingford.

Los rostros cambiaron su expresión habitual por la del asombro, y el señor Dempsey, sin dar ningún puñetazo sobre la mesa, dijo:

—Cuanto ha dicho ese "distinguido" joven es cierto. Y yo seré quien arriende el hotel a prueba de fuego de que habla el telegrama.

Como Gertrudis reapareciera, su padre la llamó a su lado, pues había dicho ante los que le escuchaban, que era preciso que su hija hiciera lo posible para agradar a Horacio, y la presentó oficialmente a él.

Eduardo se mordía la nariz, de rabia, y si eso duraba mucho tiempo, llegaría a comerse los ojos, de desesperación.

Pero Horacio era listo, y se apresuró a captarse la confianza del rico y avaro empleadillo, a quien le dijo, dándole unos cariñosos golpes en la espalda:

—Me han dicho que va usted a casarse pronto... La señorita Dempsey es muy afortunada teniendo un novio como usted.

Eduardo creyó, de buenas a primeras, que veía

visiones; mas luego, volviendo a la razón, se convenció de que había oído la anhelada realidad, y de buena gana hubiera abrazado a Horacio.

—Le felicito de veras, amigo, porque la novia es muy guapa—prosiguió el timador.

Eduardo se deshacía como un mantecado, en cumplidos. A simple vista asegurarse que la noticia le había engordado un poco más, y, dada su estatura y volumen, bien pudiera llamarse Butareli.

Horacio comprendió que ya se había metido en un puño al empleadillo, y siguió adelante en su familiaridad.

—¿Tendrá usted inconveniente en que le llame Eduardito?—le preguntó.

El interesado se dió pisto, y respondió:

—No tengo inconveniente, no, señor.

—Yo me llamo Horacio.

—Tanto gusto.

Algo más tarde, el carroaje del hotel volvía de la estación al pueblo con carga.

El cochero y el caballo sudaban la gota gorda, con más ganas de declararse en huelga que de trabajar tanto.

Figúrense que el coche llevaba dos viajeros y el equipaje, bastante exiguo, de los mismos.

La gente del lugar se volvía a contemplar a los recién llegados, preguntándose unos a otros quiénes eran, e ignorándolo todos.

* *

El coche se detuvo al pie del hotel.

Expectación.

Movimiento general.

Apeáronse, un distinguido caballero: J. Rufus Wallingford; su criado, un chino sin coleta; y un señor can.

El señor Dempsey se adelantó a recibir a sus nuevos clientes, y ante él, Wallingford pagó la cuenta espléndidamente al cochero.

—Cóbrese de este billete.

—Son veinticinco centavos para cada pasajero... y diez centavos por el perro.

—Bueno. Quédese con el billete, y repártaselo con el penco.

El cochero abrió unos ojos como naranjas, y bendijo al Papa por la suerte que le había deparado San Menelasio, santo de aquel día.

Wallingford inscribió su nombre en el libro registro del hotel, y al acabar de firmar hizo esta advertencia al dueño:

—Quisiera pedirle a usted un favor.

—A sus órdenes, señor.

—No venda usted ese autógrafo.

El señor Dempsey echó la vista sobre el libro, y con asombro leyó el nombre de J. Rufus Wallingford.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Es usted el señor Wallingford?

El aludido sonrió, y dijo, con suma naturalidad:

—Supongo que me ha reconocido usted por haber visto mi retrato en los periódicos.

—Sí... sí, señor... en los periódicos. Está usted en su casa, señor.

—Muchas gracias. Desde luego, quiero que me dé las mejores habitaciones que tenga.

—Las mejores, ya lo creo. ¿Quiere usted verlas?

—Espere. ¿Está en el hotel el señor Horacio Daw?

—Debe de estar en su cuarto. Le avisaremos que usted está aquí.

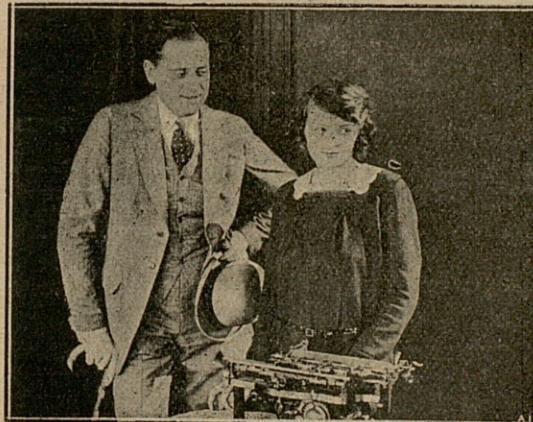
—Sí, hágame ese favor... Pero no digan a nadie más que a él que he llegado... Me fastidian las recepciones y las entrevistas.

Eduardito y varios vecinos estaban embabieados contemplando al apuesto Wallingford, y cuando éste se separó de ellos para entrevistarse con Horacio, hicieron acerca suyo los más curiosos comentarios.

Wallingford, antes de subir a sus habitaciones con

Horacio, que fingió no saber que llegaría tan pronto, se fijó en la belleza de la mecanógrafa del hotel, y se permitió, fiándose en la importancia de que disfrutaba entre los pueblerinos, por obra y gracia de su secretario, lisonjearla con la mirada, y concretó sus deseos en pocas palabras.

—Vamos a vernos muy a menudo.



—Vamos a vernos muy a menudo.

—¿Usted lo cree? —contestó ella, extrañada.

—Puede que sí, puede que no.

La joven quedó cortada, y procuró olvidar la chocante franqueza del gran "financiero".

Luego, Horacio y su socio, en las habitaciones del segundo, hablaron rápidamente de sus asuntos.

—¿Qué se ha preparado, Horacio?

—Todos los ánimos se inclinan de tu parte. Se trata de una fábrica de algo. El "golpe" es seguro.

—¡Bravo! ¡Cómo estamos de fondos?

—¡Desfondados! No tengo más que cuarenta y tres dólares en el bolsillo.

—Y a mí no me queda más que un billete de diez... Tenemos que darnos prisa.

—Pues, manos a la obra. Estoy seguro que no te van a dejar en paz.

—Vayamos, entonces, a ver ese pueblo.

El primero que se presentó a Wallingford y a su secretario, fué el redactor de *"La Voz de Battlesburgo"*.

Los dos amigos se cambiaron una mirada de inteligencia, y Wallingford leyó en la de su socio que el tal periodista era más "tontolín" que hecho de encargo.

Como a necio le trató Wallingford, con la esperanza de sacar partido de lo que le hiciera publicar en su diario, y no poco contento se quedó el repórter al decirle aquél que él mismo le daría redactado el artículo que podría dar a conocer al pueblo en el próximo número.

Después, hablando con el señor Dempsey, que se mostraba muy orgulloso de tenerle como cliente, Wallingford expresó su voluntad de que, como buen patriota que era, le adornasen sus habitaciones con muchas banderas americanas. Además, dió prueba de su magnanimitad mandando al dueño del hotel que se preparase cena para los cien ciudadanos más distinguidos del pueblo.

La cocinera protestó de tal extravagancia, basándose en que en todo Battlesburgo no había comida para tanta gente, y en que, además, sería muy difícil encontrar tanto ciudadano distinguido.

Sin embargo, el señor Dempsey se emperró en que la cena se serviría completa.

Horacio no se daba punto de reposo, y como el hueso más duro de pelar era el señor Battles, lo presentó, antes que todos, a su socio.

—El padre del señor Wallingford conoció al de usted, señor Battles—le mintió—, y ha sido el

nombre del pueblo lo que le ha hecho venir aquí desde Nueva York.

Wallingford, que sabía tratar el paño a la medida de las circunstancias, se llevó al señor Battles a sus habitaciones y mandó que le trajeran unas cuantas botellas de champán.

Mientras por un lado Wallingford se hacía suyo al recién señor Battles, por otro lado Horacio acababa de adueñarse de Eduardito.

—Ya me han hablado del joven más rico del pueblo, picarón.

Y Eduardito, agradecido intimamente a Horacio, modificó la opinión que antes le merecía.

—Me pareció que me equivoqué en mi juicio acerca del amigo Daw. Creo que es un buen muchacho.

Mucho antes de haber transcurrido una hora, el escéptico señor Battles estaba lleno de confianza y de optimismo, con ayuda del champán que bebió a pico de botella.

¡Había que ver cómo bajaba las escaleras, serpentéándose la cola de la "merluza"!

—Tiene usted mucha razón, coronel—decía a Wallingford—. Ha llegado usted a convencerme de que el dinero debe circular.

Esa frase, oída por varias personas, levantó un murmullo de admiración.

La cosa no podía ir mejor.

Y de nuevo en su habitación, para atar cabos, los dos socios se felicitaron mutuamente, segurísimos de realizar una buena operación.

—¡Ahora a lanzar la idea de la fábrica!—dijo Wallingford—. En tres días pelaremos a esta gente... ¡y a disfrutar de la vida!

Horacio no pensaba como su amigo, en cuanto a lo de la partida... también se resistía a pensar como él en cuanto a lo demás... por lo cual, así respondió a Wallingford:

—Quisiera quedarme aquí más tiempo. Dorotea, la hija del señor Wells, es encantadora...

—¡Malo, malo! Horacio, no olvides que el pri-

mer artículo de nuestros estatutos prohíbe enamorarse.

—No es que esté enamorado, ¿sabes? sino que...

—Bueno, bueno... Anda con cuidado, que no se nos vaya a estropear el negocio.

“Justicia, pero no para mi casa”—dice un adagio—, y no se equivocaba tratándose de Wallingford, sencillamente porque negaba a Horacio el derecho de encapricharse de una mujer, y él no intentaba siquiera rechazar el interés que le inspiraba la mecanógrafa del hotel.

Tanto era así que la mandó llamar, para dictarle unas cartas.

Pero ella se negó, cuando el señor Dempsey la rogó atendiese al “ilustre cliente”.

—¡Cómo! ¿Se niega usted, señorita?

—Si el señor Wallingford quiere dictarme algunas cartas, ¿por qué no baja él aquí? No es que yo quiera molestar al señor Wallingford; pero no quiero que él me moleste a mí.

—Pues, para que lo sepa, ha insultado usted al hombre más grande que se ha alojado en mi hotel. ¡Queda usted despedida, señorita!

La mecanógrafa se disponía a partir, cuando Wallingford, que lo oyera todo desde la escalera, la hizo detenerse, y, a solas, le dijo, apesadado:

—Lo siento mucho, señorita... De veras, lo siento mucho.

La despedida empleada se marchó lentamente, y ya en la calle, Wallingford volvió a alcanzarla, para decirle con ternura:

—¿Por qué no quiere usted trabajar para mí? ¿No le gustaría a usted ser mi secretaria particular? Por lo menos, mientras yo esté en Battlesburgo. Piénselo bien, y más tarde me dará la contestación.

Fannie, que así se llamaba la mecanógrafa, sonrió ligeramente, y prometió reflexionar sobre la oferta.

Desde aquel momento, Wallingford se sintió apre-

sado en la sutil red del cariño, y participó de la idea de Horacio, respecto a retrasar el viaje de regreso.

Este no dejó de ver el cambio operado en los proyectos de aquél, y como le preguntase el mo-



Fannie, que así se llamaba la mecanógrafa, sonrió ligeramente.

tivo, Wallingford esquivó la réplica, así:

—No lo sé. Pero te digo que desde este instante tú y yo somos un par de fabricantes.

—¿Qué es lo que vamos a fabricar?

—Eso es lo único que nos falta saber.

* *

La admiración del pueblo crecía por momentos. Wallingford no podía asomarse a la calle sin que infinidad de ojos de ambos sexos convergieran en él, como si fuera algo divino.

De pronto aquella admiración fué unánimemen-



La admiración del pueblo crecía por momentos.

te patentizada, a los acordes de la banda municipal.

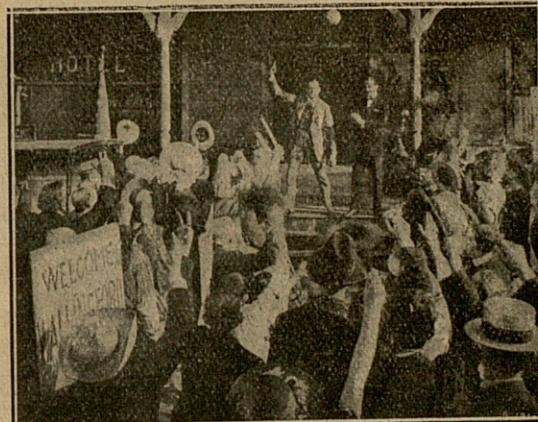
Y Wallingford se vió obligado a dirigir la palabra a los manifestantes.

—¡Amigos míos! Yo no soy ningún orador; yo no soy más que un hombre de negocios. No soy merecedor de esta demostración de amistad que me tributan ustedes, pero si me decidio a coger las riendas, todo lo que tendrán ustedes que hacer es confiar en mí y seguirme, mientras desarollo los

magníficos planes que traigo para la prosperidad de este pueblo.

Una aeronadora salva de aplausos coronó el discurso del salvador de Battlesburg, que se quedó tan fresco como siempre.

Como remate, el periódico, en su primer número extraordinario, hablaba de Wallingford como si se



—¡Amigos míos! Yo no soy ningún orador;...

tratará de un fenómeno para los negocios.

BIENVENIDO SEA EL CORONEL WALLINGFORD

El Mago de Wall Street en Battlesburg

Esta ciudad será favorecida con una de las magnas empresas del hombre de negocios más grande del siglo.

La ciudad en masa fué a recibir hoy al capita-

lista ilustre, que, con la modestia característica en él, se ha dignado venir a visitarnos.

El señor Wallingford ha declarado que Battlesburgo ofrece mejores posibilidades que la mayoría de las poblaciones de su tamaño en América. También dijo que sus ciudadanos debieran aprovechar lo que la Naturaleza les ha dado, y que deben contribuir con todos sus esfuerzos y caudales a hacer de Battlesburgo la primera ciudad del Estado.

Horacio se rió con toda su alma, y exclamó:

—¡Hay que jugársela en gordo a estos bobos!

—¡A lo que estamos, tuerta!

—Pero... ¿qué es lo que vamos a fabricar? No pasa media hora sin que tenga que cambiar de conversación cuando me hacen esta pregunta.

—Ahí está lo más difícil...

—¿Y si fabricásemos camisas de fuerza?

—¡Ya está, Horacio; ya tengo la idea! ¡Ves esta alfombra clavada al piso con estas tachuelas mohosas?

—Sí... ¿y qué?

—Suponte que estas tachuelas estuviesen forradas con la misma tela de la alfombra.

—Hombre, eso me parece bien... sí...

—¡Es la idea más estupenda que se me ha ocurrido en mi vida! ¡Voy a inventar la tachuela forrada!

—¡De acuerdo!

—Que Sessue vaya a buscar un paquete de tachuelas y un frasco de goma... pero comprando las dos cosas en dos tiendas diferentes.

—En seguida... Ya está. No tardará ni cinco minutos en volver. ¿Qué es lo que vas a hacer?

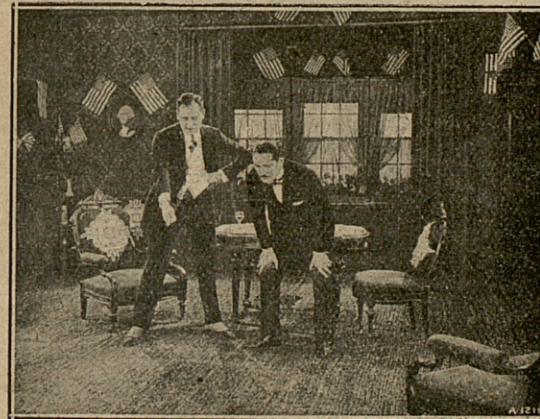
—Vamos a forrar unas cuantas tachuelas con tu corbata roja, para demostrarles a esos infelices que no queremos engañarles.

—Ahí va mi corbata.

—Formaremos una sociedad por acciones, con un capital de medio millón de dólares, para explo-

tar las tachuelas. Dentro de cuarenta y ocho horas, todos esos pazguatos del pueblo vendrán a pedirnos de hinojos que les dejemos ser accionistas del negocio, y nos entregarán su dinero.

—¡Eres un "as"! Pero... mientras tanto, ¿cómo nos arreglaremos para atender a los gastos menudos?



—¡Ves esta alfombra clavada al piso con estas tachuelas mohosas?

Eduardito llegó a presencia de los dos "socios" en tan crítico momento, dando éstos gracias a la providencia por esa casualidad.

Horacio, guiñándole el ojo a Wallingford, le apuntó en un papel que el empleadillo era heredero de una suma de 11.000 dólares, y más bobo que un cordero.

Puestos de acuerdo, aquéllos fingieron no haber

reparado en el recién aparecido, y hablaron de la siguiente e intencionada manera:

—¿Qué le parece, coronel?

—Yo creo que este asunto no ofrece la menor dificultad.

Eduardito tosió, y disculpóse de molestar:

—Si están ustedes hablando de algún asunto reservado, me marcho.

—¡Caramba, Eduardito! Perdone nuestra distracción. No, no, usted no molesta nunca. Puede quedarse. Terminamos en seguida. Luego, estaré para usted. Siéntese, siéntese—le dijo Horacio. Y, a continuación, siguió hablando con su amigo:

—Como iba diciendo, coronel, yo creo que su deber es ofrecer unas cuantas acciones de la compañía a gentes modestas.

—Señor Daw, debe usted comprender que no puedo perder el tiempo explicando detalles a los pequeños accionistas.

—Lo comprendo, pero no me parece justo que los pobres se vean privados de participar en el mejor negocio de su carrera comercial.

—Es posible que tenga usted razón. Voy a ofrecer solamente unas cuantas acciones... a los primeros que lleguen...

Eduardito se quitó un peso de encima, pues ardía en deseos de participar en aquel infalible negocio.

Wallingford y Horacio vieron a las claras el estado de ánimo del pueblerino, y lo adularon por turno, llegando a decirle, el primero, que era el vivo retrato de su hermano menor (un hermano imaginario, claro).

Y Eduardito, cazado por tanta amabilidad, además de la brillante descripción del negocio, manifestó a Wallingford su propósito de entregarle su dinero contra acciones del mismo.

El "socio" se negó, para asegurarse mejor el timo.

—Si le admitiese a usted su dinero, los demás accionistas pequeños me molestarían lo indecible...

—Nadie ha de enterarse, señor...

—Bueno. Ya que usted se empeña, sea. Pero, quisiera que no me diese usted un cheque, porque al ir al Banco, todo el mundo se enteraría...

—No se preocupe usted, señor Wallingford. A mí no me engañan: guardo mi dinero en una caja de seguridad. No tengo confianza en esos cajeros de los Bancos.

—Si mi hermano hubiese sido como usted, Eduardito!

—¿Qué, acepta el dinero?

—Sí, pero prométame con la rodilla hincada en la tierra, que no dirá jamás una palabra de esto a nadie.

—Prometido.

—Bien. Ahora, Eduardo, una advertencia: una vez haya invertido el negocio, no me dé las gracias. Olvide que me lo entregó.

—Conforme de toda conformidad.

* *

No bien hubo salido Eduardito de la habitación de Wallingford, llegaron a ella el dueño del hotel y el Juez Lampton.

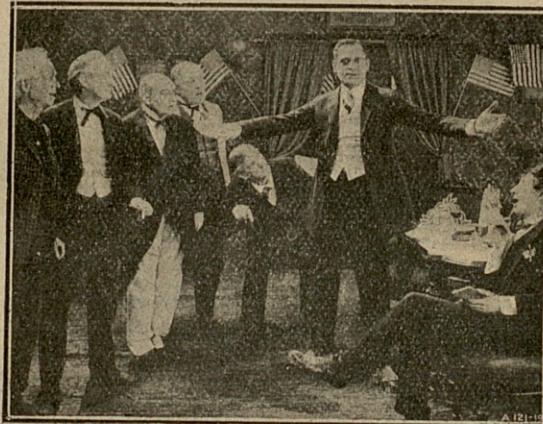
—Parece que el señor Juez ha sabido que quería usted comprar un automóvil, y como es agente de Ford...—dijo el señor Dempsey.

—¡Qué lástima, señor Lampton! — replicó Wallingford, analizando rápidamente el asunto—. La marca "Catarata" me da mil dólares al mes para que popularice sus automóviles **paseándose en** ellos. Cuando me ve la gente en un "auto" cualquiera, en seguida se populariza... Pero si el señor Dempsey se empeña en que acepte uno de los de usted, estoy dispuesto a sacrificar los mil dólares que me da al mes la "Catarata", en bien de la prosperidad de Battlesburg.

Y, como Wallingford lo esperaba, el Juez se ofreció a cederle un "auto", para que lo popularizara **paseándose en él**:

A los citados ciudadanos añadiéronse varios más, entre ellos el alcalde, hermano del señor Battles, tan escéptico y tal vez más tonto que éste, con cara y pantalones dignos de un "clown"; y el señor Enrique Quig, comerciante en hielo y carbón al por mayor.

Los demás, ya conocidos, eran: el señor Wells y



—...Ya parece que estoy viendo el humo salir por la chimenea, y los miles de obreros...

el periodista.

El señor Wells dijo a sus convecinos:

—He ido a examinar el lote de terreno de que me habló el señor Daw. Está al otro lado de la estación.

Wallingford, considerado llegado el momento de lanzar su idea, se decidió a hablar por los codos.

—Ese es el sitio ideal para nuestra fábrica, caballeros—empezó. Ya parece que estoy viendo el

humo salir por la chimenea, y los miles de obreros entrando por sus anchos soportales, y los vagones del ferrocarril saliendo por las puertas de nuestra fábrica cargados de...

—¿...?

—¡Tachuelas!

—¡...!



—¡Ah! ¡Os quedáis atónitos, mudos de emoción y estupefactos de tan asombrosa idea!

—Dirigid la mirada hacia esta alfombra, clavada al piso con esas tachuelas viejas y oxidadas! Suponed que las tachuelas estuviesen forradas con la misma tela de la alfombra...

—¡...!

—¡Ah! ¡Os quedáis atónitos, mudos de emoción y estupefactos de tan asombrosa idea! ¡No habrá una sola familia en toda la tierra que no pueda

comprar un paquete de este admirable invento! ¡Señores: esta será la invención del siglo! ¡La Compañía de Tachuelas Eureka pagaría un millón de dólares por el invento!

—!!!! ... !!!

—Pero yo me negaré a vender el invento al trust. Quiero que el mundo sepa que este invento pertenece a Battlesburgo. De aquí que nuestra compañía se llamará: Manufacatura de Tachuelas Forradas de Battlesburgo, S. A.

—!!!! ... !!!

—Preguntadles a vuestras mujeres, preguntadles a vuestras hijas, si han visto un artículo más útil en su vida! ¡Caballeros, ante vosotros se presenta una mujer! Es la cocinera del hotel, pero es una mujer... ¡Pase, joven, pase! Usted que es una buena muchacha de hogar, díganos si estas tachuelas son útiles o no.

—¡Esto es admirable, señor!

Lo admirable, en el concepto de la muchacha, eran los halagos que le hacía el "financiero"... y en último lugar las tachuelas. ¡Para tachuelas estaba ella!

La Junta de los más autorizados vecinos del pueblo, que lo eran los reunidos en la habitación de Wallingford, coincidió en creer excelente la idea, y se aceptó ponerla en práctica formándose la compañía en cuestión.

Horacio, que estuvo ausente durante buen rato, ocupado en cubrir con pedazos de su corbata las tachuelas de metal compradas por el criado, se reunió con su "socio", y juntos ofrecieron unas copas de champaña y buenos habanos, por la prosperidad de la Manufacatura de Tachuelas Forradas de Battlesburgo, S. A.

Después del "lunch", Wallingford, que acompañó a los vecinos hasta la puerta del hotel, supo, gracias al señor Battles, que el cochero de la casa no era tan pobre como lo parecía, sino un auténtico cuentacorrentista del Banco con 40.000 dólares.

Y también al cochero le dió el timador un habano y una copa de champaña... ¡Vaya un tío, el del látigo!

Fannie, la mecanógrafa, llegaba también a poco para comunicar a Wallingford que sentía no aceptar el empleo ofrecido por él, mas quiso el azar que Eduardito la enterase de que los billetes que



¡Vaya un tío, el del látigo!

llevaba en la mano eran para entregárselos a aquél, que los invertiría en un negocio de positivos rendimientos.

Y eso fué lo que decidió a la señorita a quedarse con el "financiero" que tan brillantes negocios iba a ofrecer a los pueblerinos.

Ya no faltaba más que constituir la compañía, y al efecto se reunieron los miembros que debían componer el consejo de administración.

Wallingford aportaría sus patentes, y cada uno de los miembros de la Compañía entregaría, en efectivo, veinticinco mil dólares.

Aceptadas todas las bases, el alcalde, como presidente, levantó la sesión.

Eduardito también pretendía ser miembro del consejo administrativo, pero ante la amenaza de Wallingford de excluirle de participar en el negocio, devolviéndole su dinero, el muchacho renunció a su pretensión. En cambio, asistiría a la cena de los cien comensales, que sólo se daba, según el estafador, en honor suyo.

Fannie, tan pronto quedó sola con los dos "socios", solicitó de Wallingford que la interesara en su negocio.

—A fuerza de economías, he logrado reunir cuatrocientos dólares, y los quisiera invertir en su compañía.

Wallingford ocultó su sorpresa, y, sin pensarlo, dijo:

—Permitame que le dé un consejo, señorita... Si tiene usted cuatrocientos dólares, guárdeselos, y no se los deje pescar por nadie.

—Si es cierto que las ganancias son tan seguras, debe usted dejarme invertir mi dinero en la empresa, como a los demás. ¿Por qué se niega usted a admitir mi dinero?

—Me pone usted en un verdadero compromiso al tener que explicárselo, señorita.

Ya no fingió más Fannie. Sus sospechas se confirmaban, y acusó:

—¡Me parece que su negocio es muy obscuro, señor caballero de industria! ¡Usted y su amigo son un par de granujas de marca mayor! Si son us-

tedes los que yo me figuro, les aconsejo que se marchen de Battlesburgo esta misma noche.

Y salió disparada.

El juez Lampton acababa de enviar el "auto" prometido, y Horacio propuso la fuga inmediata en él.

Su amigo se negó en absoluto.

—No me hables de marchar, Horacio. Esa mecanógrafo me tiene intrigado. Y no es que ella me interese lo más mínimo, no. Es que mi amor propio está en juego. Fannie se ha dado cuenta de nuestras tretas, y, o poco puedo, o yo he de convencerla de que se equivoca.

Al cabo de unos días, la galantería de Wallingford y sus buenas palabras, hicieron arrepentirse a Fannie de haberle juzgado tan a la ligera, o era que la avisada mecanógrafo se había propuesto algo más que descubrir sus torcidas intenciones?

El hecho fué que los dos compinches se quedaron en Battlesburgo y que de allí a unos días tuvo lugar la inauguración oficial de las oficinas de la compañía manufacturera de tachuelas, y que la fiesta fué un acontecimiento digno de ser transmitido a las generaciones futuras.

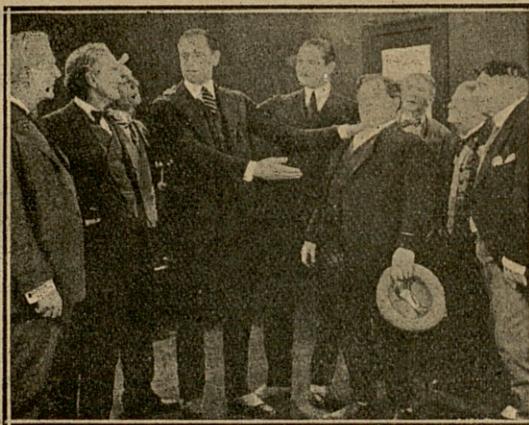
Se sacó una fotografía del pleno del consejo de administración, con la originalidad de aparecer en ella, con su cara cómica, el alcalde, antes calvo, con bisoñé.

Después de la fiesta, Wallingford creyó conveniente deshacerse de Eduardito, y lo presentó al Consejo como viajante, haciéndole en seguida salir a la pesca de pedidos.

Además, mandó a Horacio a Des Moines, a encargarse, como ingeniero, de dirigir los trabajos de construcción de la maquinaria que se necesitaba para la fábrica,

Se compuso también un himno, y lo cantaron en coro todos los accionistas.

*Amigos caros, caros amigos;
Siempre juntos, siempre unidos,
Nieve, truene o haga viento;
Amigos caros, caros amigos!*



...presentó al Consejo a Eduardito como viajante...

Después de tanto éxito, Wallingford necesitaba un poco de tranquilidad, y no la encontró en otro sitio que cerca de Fannie, y se le ocurrió recordarle sus antiguas sospechas.

—Supongamos que yo fuese lo que usted me llamó el otro día...

—No piense más en eso. ¿No va usted a perdonarme nunca el que yo lo juzgase equivocadamente?

—Claro que sí... Tiene usted razón...

Pero Wallingford no veía todavía clara la actitud de su secretaria, y acuciado por lo que él seguía creyendo aún su amor propio herido, continuó en Battlesburgo; y, sin darse cuenta del cambio que se iba operando en él, procuraba invertir efectivamente en negocios, que para él eran desconocidos, el dinero recibido de aquellos infelices que había tratado de timar.

Se creó un "cine", entre otras cosillas, y en el hotel se hicieron grandes reformas, para poderlo comparar con uno de Nueva York.

* *

Horacio regresó de Des Moines muy optimista. —Ese inventor de Des Moines ha fabricado una máquina, que producirá mil tachuelas forradas cada minuto—enteró a Wallingford, que no se lo quiso creer.

Horacio insistió en su afirmación, pero fue inútil. A su vez, Wallingford dijo a Horacio:

—Estoy a punto de obtener una concesión para una línea de tranvías, y tengo ya propuestas para toda la calle Mayor. Fíjate bien en esto, Horacio. Es cuestión de propaganda el que me quiten de las manos los terrenos que he comprado con el dinero de los accionistas de las famosas tachuelas. Cuando hayamos vendido esos terrenos al doble de su precio, si te he visto no me acuerdo.

—¡Espléndido, chico, colosal! ¿Cuánto tiempo crees tú que podremos seguir aquí?

—Hasta que Eduardito llegue con la noticia de que nadie quiere las tachuelas ni para colgar un cuadro. Ese día tendremos que salir de aquí a uña de caballo.

Así hablaban los dos "socios", ignorando que en aquellos momentos se descubría que Wallingford había empleado el dinero ajeno en la compra de terrenos, y que Gertrudis, la novia de Eduardito—reconciliada con éste gracias a Horacio—recibía un

telegrama de aquél, en el que le decía lo siguiente:
Llegaré de vuelta jueves. Negocio muy diferente de lo que yo me esperaba.

El señor Dempsey, padre de la muchacha, opinó que lo que Eduardito quería decir era que había fracasado, y se apresuró a dar cuenta de su temor al Consejo de la Compañía.

Los miembros del mismo, al recibir de golpe las dos tremendas noticias, creyeron en un verdadero timo, y les faltó el tiempo para dirigirse al encuentro de Wallingford.

Primero hubo mucha excitación. Luego se calmaron un tanto los ánimos... y, finalmente, un discurso, muy bien hallado, de Wallingford, devolvió la calma a los espíritus. El negó haber empleado dinero que no fuera suyo en la compra de terrenos, y prometió presentar, al final del mes, una cuenta detallada justificando las salidas de fondos del Banco para gastos de viajes de Eduardito y Horacio, además de fantásticos pagos por adelantado sobre el importe de la maquinaria. Nada, un discurso de esos que engañándole, le dejan a uno vencido.

Ni que decir tiene que no le faltaron satisfacciones por parte de todos a Wallingford, y que quedaron unos y otros más amigos que nunca, cantando incluso el himno social en la sala de Juntas.

A solas en otra habitación, los dos "socios", Horacio felicitó a su amigo:

—¡Para actor no tienes precio! ¡Ha habido un momento en que te he creído honrado!

—¡Tal vez lo sea!—respondió Wallingford. —Lo malo es que Eduardito está a llegar, y en cuanto esté aquí esos desgraciados ya no creerán en mí, y no tendremos más remedio que marcharnos con viento fersco! ¡Pero yo no quiero marcharme, Horacio! Tengo a Fannie metida en el corazón, como jamás creí que se me metiera mujer alguna. Y ella, ahora me cree honrado. ¡Y he de serlo, Horacio! ¡Seré honrado por ella!

Horacio pensaba como su amigo... pues también su corazón estaba preso en el de Dorotea.

Wallingford, deseoso de hablar con Fannie, que presenció, desde su cuartito de mecanógrafa, la escena de protesta del Consejo de Administración contra él mandó a Horacio a que entretuviera a los miembros de aquél, que seguían en la sala de Juntas, fumando, y fué a verla.

—Me apena ver que te traten de esa manera—le dijo ella. —¡Se olvidan de lo que has hecho por el pueblo! No saben que eres el hombre más grande que ha pasado por Battlesburg.

Wallingford miró con inefable ternura a Fannie, y por su amor se creía capaz de todo.

La ocasión, la pintan calva, y Wallingford no le dió tiempo de que le creciera un pelo.

Un representante de una importante compañía se interesó por el traspaso de la concesión de la línea de tranvías conseguida por Wallingford, y como la demanda de éste, de un millón de dólares, era la oferta que pensaba hacer la citada compañía, quedó cerrado en el acto el fabuloso negocio.

La única preocupación de Wallingford no era otra ya sino el regreso de Eduardito, que se presentó en las oficinas encontrándose en la sala de Juntas, con Horacio, el Consejo de Administración.

Pero, para colmo de suerte, el muchacho era portador de noticias estupendas. ¡Volvía con pedidos para medio millón de cajas de tachuelas!

Aquello era asombroso.

Avisado, Horacio se unió a su socio para felicitar a Eduardito, a quien presentaron al Consejo como un héroe.

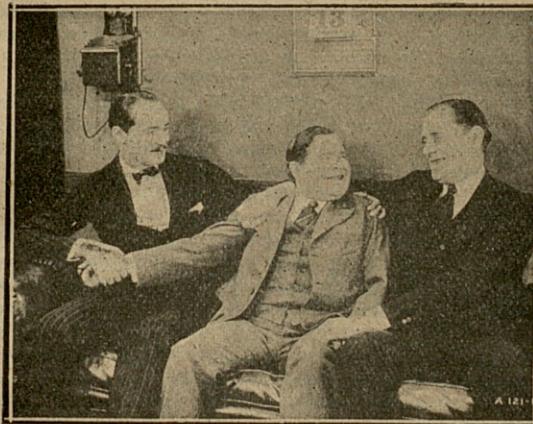
Y, de nuevo a solas, los dos amigos, maravillados, pensaron en el camino recto.

—¡Horacio, he aquí la solución!—dijo Wallingford. —¡Te digo que si ahora que todo parece empujarnos a ello, no somos honrados, tendremos bien merecido, yo el desprecio de Fannie, y tú el de Do-

rotea Wells! ¡Es necesario poner en marcha estos negocios e indemnizar con largueza a estas gentes del daño que nos habíamos propuesto hacerles!

—¡Sí, amigo, sí! Esta es nuestra ocasión!
Y se abrazaron.

**



...Horacio se unió a su socio para felicitar a Eduardito.

Y al cabo de algunos años, cuando el tren expreso comenzó a detenerse regularmente en Battlesburgo, y cuando las famosas tachuelas de Battlesburgo sujetaban las alfombras del mundo entero, un grupo de accionistas millonarios ya, se reunió en la casa de J. Rufus Wallingford, para entregarle una copa de plata en señal de admiración y respeto.

Fannie y Dorotea eran las respectivas mujerci-

tas de Wallingford y Horacio. Los cuatro vivían bajo el mismo techo, en una espléndida morada desde la que dominaban el pueblo.

Cantóse una vez más el himno, y en la noche silenciosa, mientras el pueblo se entregaba temprano, como siempre, al sueño, y Fannie y Dorotea hablaban de sus cositas en el interior, Wallingford y Horacio, fumando en la terraza de su casa, murmuraban:

—¡Qué distinta suerte la nuestra si hubiéramos continuado siendo lo que éramos! Y pensar, que si no por ellas!

—Sí; ¡gracias a ellas! Para ser granuja toda la vida hace falta no tener corazón.

En el fondo de la decoración de la naturaleza, una ventana, antes alumbrada, sumióse en la obscuridad. Wallingford sonrió, y dijo:

—Eduardito va a acostarse ya. ¡Qué feliz es con su Gertrudis! Se pasa todo el día besándola.

—Pues mira que tú...—insinuó Horacio.

—¡Qué dulce es saberse amado! ¿Verdad, Horacio amigo?

—Verdad, sí...

F I N

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa.

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
BETTY BRONSON*

PRÓXIMO NÚMERO:

La finísima novela

LOS ZAPATITOS DE LA SUERTE

Protagonista: IRENE CASTLE

Postal-obsequio: RODOLFO VALENTINO

Exclusiva de

MODESTO PASCO

10 fotografías

30 céntimos.

LA NOVELA FEMENINA

CINEMATOGRÁFICA

Sale todos los viernes en toda España.

*Ayer satió el primer número de la original publicación
de*

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA

LA NOVELA ÍNTIMA

CINEMATOGRÁFICA

*Contiene la biografía de la genial estrella
ALICE TERRY*

*Numerosas ilustraciones fotográficas.—Regalo de una
soberbia postal.*

Precio: 35 céntimos.

